

833

H.

PT2318

.58

28

v. 1



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESESORES DE RIVADENEYRA»,  
Paseo de San Vicente, 20.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
ALFONSO REYES  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

## ENRIQUE HEINE

SU VIDA Y SUS OBRAS.

Mucho, muchísimo se ha escrito acerca de Heine, sobre todo en Francia, donde sólo la *Revue des deux mondes* ha venido publicando artículo sobre artículo. en que, al hablar de Alemania y de su literatura, se han ocupado más ó menos exclusivamente del poeta desde Edgard Quinet hasta Valbert, recogiendo ya este último los numerosos trabajos alemanes que, aunque tardíos, han aparecido especialmente en estos cuatro últimos años, en que Strodthmann (1) Proelss, Karpeles, Engel y otros, olvidando sobre la losa de una tumba iluminada por el resplandor del genio las antiguas quejas existentes entre el poeta y su patria, no sólo hacen justicia á su mérito, sino que disculpan sus extravíos y enriquecen los datos biográficos del ilustre judío-alemán, reducidos hasta hace poco a los escasos de sus Memorias.

(1) *Heines Leben und Werke*, 3.ª Auflage. Hamburg, 1884.

Apenas se sabía de él más (1) que nació en el año 1800 en Düsseldorf, ciudad situada sobre el Rhin, ocupada por los franceses desde 1806 á 1814; que recibió su primera educación en el convento de franciscanos establecido en su ciudad natal, entró más tarde en el Gimnasio (2) de la misma, que se llamó entonces Liceo, y allí cursó Humanidades distinguiéndose en las clases de filosofía del rector Schallmayer, de Poetas clásicos de Kramer, de Matemáticas de Brewer y de Retórica y Poética francesas del abate D'Aulnoi, profesores que aun vivían en 1835, excepto el Rector, sacerdote católico que se había interesado mucho por él, sin duda por ser hermano de su madre el consejero áulico Geldern, famoso médico á quien debía la vida; que su difunto padre fué un rico negociante, y su madre señora de distinción que aun vivía también, aunque retirada del mundo.

Sabíamos además que, interrumpidos sus estudios por caprichos novelescos, conatos de establecimiento — pues su padre quiso que en Hamburgo estudiara comercio — por el amor y otras enfermedades, volvió á reanudarlos en la recién creada Universidad de Bonn, donde tuvo por maestro y amigo á Augusto Guillermo Schlegel, quien contribuyó al desenvolvi-

(1) Carta de Heine á Mr. Philarete Chasles de 15 de Enero de 1885, publicada en la *Revue de Paris*, Marzo de 1867.

(2) Instituto de segunda enseñanza.

miento del talento poético de Heine; que tras seis meses de permanencia en Bonn, pasó á Berlín, que le ofrecía mayores recursos literarios, y allí conoció á Hegel, cuya filosofía, combinada con la de Spinoza, produjeron la indiferencia, la audacia y las tendencias opuestas que reflejan sus principales obras; allí vivió en intimidad con Chamisso, con Varnhagen de Ense y su esposa Rahel Lewin, con Madama Herz, con Grabbe y otros que constituían el centro de la vida literaria de la capital de Prusia en aquella época, y allí publicó, en 1821, su primer colección de poesías, que no llamó la atención, no produciéndole honra ni dinero, por lo que abandonó á Berlín por Göttinga.

Siete años estudió en las citadas universidades, incluso la de Göttinga, en la que tomó al fin el grado de doctor en Derecho, *doctor juris*, como él mismo dice, después de un examen privado y de una tesis pública, en que el célebre Hugo, decano á la sazón en dicha facultad, no le perdonó la menor formalidad escolástica, y sólo le otorgó al fin un título de tercera clase, si bien, como poeta, juzgaba los versos de su graduando dignos de figurar al lado de los de Göthe; una prueba más de que los espíritus independientes de los grandes escritores jamás brillan dentro del rígido formalismo académico. Pero Heine no debió quedar contento, y ni aun supo aparentarlo, pues esta calificación desairada le proporcionó, quizá, el disgusto de que alguien escribiera

que había comprado su diploma, y exclama, dirigiéndose á Mr. Chasles: «Esta es la única calumnia que quisiera desmentir de cuantas circulan impresas respecto á mi vida privada. ¡He aquí el orgullo del sabio! Que digan que soy bastardo, hijo del verdugo, salteador de caminos, ateo, poetastro; de todo eso me río; pero me desgarran el corazón que me disputen mi dignidad de doctor, aunque, aquí para entre nosotros, de cualquier cosa sé más que de Derecho.»

Hacia esta época fué cuando abjuró el judaismo para abrazar el protestantismo, haciéndose bautizar como luterano en Heiligenstadt el 28 de Junio de 1825.

«Este es un hecho oficial—dice Stern—de la vida de Heine, que es imposible poner en duda, pero que aun es más difícil explicar, porque una abjuración es un acto de fe, y en la vida de este mordaz escéptico es la más inconcebible de las anomalías; pues no digo ninguna creencia, sino ningún sentimiento, ninguna idea le ha encontrado jamás ferviente ó entusiasta; él se ha burlado de la patria, del amor, del arte, de la Naturaleza, de sus amigos, de sus parientes, y hasta de sí mismo. Poeta, injurió á Göthe, el Júpiter de la poesía moderna, á Platen, quizá el Chenier de Alemania; patriota, desgarró á Börne, el más patriota de sus contemporáneos.»

Dícenos, por último, que en 1823 publicó nuevas poesías y dos tragedias, una de las cuales fué ejecu-

tada y silbada en Brunswick, capital del ducado del mismo nombre; que en 1825 apareció el primer tomo de los *Reisebilder*, y los otros tres se publicaron pocos años después en casa de Hoffmann y Campe, sus editores de siempre; que desde 1826 á 1831 vivió alternativamente en Lüneburgo, en Hamburgo y en Munich, donde redactó los *Anales políticos* con su amigo Lindner, viajando de tiempo en tiempo por el extranjero, y que siempre, desde sus doce años, pasó el otoño á orillas del mar del Norte, adorando al mar como á una querida y cantando sus caprichos.

Hoy, á más de estos brevísimos datos, poseemos su correspondencia, con cuyos elementos se han escrito biografías como la de Strodtmann, que parecía haber agotado la materia, y que han sido ampliadas por otras posteriores. Pero el mejor medio de conocer á Heine es leer sus escritos en prosa y verso, pues no es Heine de los autores que se ocultan, sino que se ha pasado la vida hablando de sí propio, probando que el *yo* únicamente odioso es el de los fatuos y de los indiferentes. El Voltaire alemán tenía muchas pequeñas vanidades, y no temía ser jactancioso; pero su exquisita naturaleza le libraba de la fatuidad, haciéndole ser franco y darse por lo que era y valía. Desde su juventud y hasta su muerte se interesó por todo lo que pasaba en el mundo, teniendo todas las curiosidades y mezclando los grandes pensamientos con los pequeños, los generosos arranques con las miserias.

Gracias, pues, á los fragmentos de sus Memorias, á sus cartas y á sus nuevos biógrafos, conocemos mejor los primeros años de este poeta rhenano de raza judía, á quien su origen y las preferencias de su familia parecían dedicar al comercio ó á la banca. Sabemos qué educación recibió en su ciudad natal, Düsseldorf, capital del gran ducado de Berg, no habitada ya por los Ubianos, y que Napoleón dió primero á su cuñado Murat, y después á uno de sus sobrinos. Nacido en 1797, ó el 13 de Diciembre de 1799, porque este punto está obscuro, pudo decir: «He venido al mundo al fin de un siglo muy escéptico y en una ciudad en que no sólo reinaba Francia, sino también el espíritu francés» (1).

Si Göthe heredó de su padre el espíritu metódico, el espíritu de orden y clasificación, y de su madre la fantasía y el gusto por los cuentos, á Heine le sucedió al revés. En sus Memorias aparece su madre como una grave mujer, muy razonable, deísta pura, discípula de Rousseau y amamantada por su *Emilio*. «La razón de mi madre y su manera de sentir—dice el poeta—era la salud misma, y no fué

(1) Lo de afirmar él que nació en 1800 ó en 1.º de Enero de 1801, como cree Gauthier, no tiene tal vez otro objeto que hacer aquella frase de «yo soy el primer hombre de mi siglo», pues en las *Confesiones (Geständnisse)* dice: «Nací en el último año del pasado siglo», y en una carta á Saint-René de Taillandier, que el 12 de Diciembre de 1799. Se atribuye, por último, la fecha de 1800 á inexactitud voluntaria para salvar al poeta del servicio de las armas.

ella la que me inspiró el amor á lo fantástico y romántico, pues abrigaba un santo horror hacia la poesía; me arrebatava cuantas novelas hallaba en mis manos, me prohibía ir al teatro y tomar parte en los regocijos populares, vigilaba todas mis relaciones, reñía á los criados que contaban en mi presencia historias de aparecidos, y hacía lo posible por alejar de mí la superstición y la poesía.»

No obstante, también ella tenía sus quimeras. La habían deslumbrado las grandezas de la corte imperial, soñaba para su hijo «las más doradas charreteras». Después de la caída del imperio, las asombrosas prosperidades de la casa Rothschild hirieron su imaginación, y quería hacer de su Harry un rico banquero, viendo ya en él «un aprendiz de millonario». Por fin, acabó por descender á la barra, pues allí había visto abogados que hicieron gran fortuna; pero las estrellas habían decidido que Harry no sería abogado, ni banquero, ni funcionario con charreteras, sino que sería sencillamente un poeta que haría versos desde su juventud y que aun los haría en las angustias y languideces de una larga y feroz agonía; y cuando las estrellas se pronuncian en un sentido, las madres nada pueden.

Heine no se esperó á escribir sus Memorias para hacer el retrato de su padre: «Era la mejor alma del mundo—se lee en un pasaje de los *Reisebilder*—y fué largo tiempo un hombre arrogante: cabeza empolvada, coleta trenzada elegantemente, que no

pendia, sino que la llevaba levantada por cima de la nuca con un peinecillo de concha. Sus manos eran de una blancura brillante y yo las besaba con frecuencia. Me parece que aun aspiro su grato perfume y que me penetra en los ojos de una manera picante. He querido mucho á mi padre, porque no pensé jamás que pudiera morir.»

Samuel Heine, á quien se ha figurado uno con frecuencia como un burguesillo insignificante de humor ligero y fácil alegría, era pronto en olvidar, descuidado del mañana, hombre que gozaba con sus esperanzas tanto como con sus dichas, y «satisfecho de la vida, reinaba en su corazón una perpetua fiesta (*kermesse*), en que los violines estaban siempre afinados». Había seguido en otro tiempo á Flandes al príncipe Ernesto de Cumberland en calidad de gentilhombre de boca, y trajo de lo que él llamaba sus campañas el gusto por los buenos uniformes, la admiración por todo lo que brilla, la pasión del lujo, del fausto, del juego y de las aventuras de bastidores. Este mercader de telas poseyó hasta doce caballos, que no le servían más que para comer mucha avena, sin que consintiera en deshacerse de ellos sino á fuerza de las apremiantes instancias de su mujer. Todo lo convertía en diversión, hasta sus negocios, que ya iban mal. Le importaba poco revender con poco provecho y hasta con pérdida las panas que se hacía traer de Liverpool; ya había tenido el placer de desembalarlas. «Era un niño grande»—ha

dicho su hijo—y como él, su hijo el poeta tuvo siempre transportes irresistibles, los ojos llenos de deseos, la sed de ver y de tener, acompañadas de candores, vanidades y alegrías de niño.

Sus enemigos acusaban á este terrible burlón, cuyas envenenadas flechas no perdonaban á reyes ni dioses, de tener hecho pacto con el diablo; pero el diablo que le poseía tuvo, hasta el fin, rostro y barba juveniles y supo reír á mandíbula batiente, mostrando sus caninos, como se ríe á los doce años.

Heine, á quien se ha definido con justicia como un romántico desenfrailado, era á la vez el más esceptico y el más imaginativo de los hombres. A la edad en que todo se cree, él dudaba ya de muchas cosas, de lo cual ha echado más tarde la culpa á uno de los sacerdotes católicos que fueron sus primeros maestros, al buen viejo rector Schallmeyer, que durante la ocupación francesa dirigió el liceo de Düsseldorf y explicaba un curso de Filosofía á los alumnos de la clase primera. «En este curso — dice de él — exponía crudamente los sistemas filosóficos griegos más libres, más aventurados, cuyo escepticismo era espantosamente contrario á los dogmas ortodoxos de la religión católica. Me atrevo á esperar que un día ante los magistrados del juicio final, en el valle de Josafat, se me considerará como circunstancia atenuante el haber sido admitido, por pernicioso favor, á seguir en mi más tierna edad las lecciones filosóficas del rector Schallmeyer.»

En cambio atribuía á uno de sus tíos maternos, á Simón Geldern, el desenvolvimiento precoz de su imaginación, pues la casa de este hombrecillo de rostro pálido y serio, era un almacén de curiosidades, un arca de Noé, y él autorizaba á su sobrino para pasar largas horas en un granero lleno de cajas viejas, en las que el niño descubría tesoros, y allí su mente exaltada desvariaba, haciéndole la gata vieja que le acompañaba en este misterioso sitio, el efecto de una princesa encantada.

Encontró en estas cajas tratados de magia negra y de magia blanca, las obras de Paracelso, de Van Helmont, de Agrippa, y el diario manuscrito de un tío de uno de sus abuelos, apellidado el Caballero ó el Oriental, que había corrido grandes aventuras en Oriente, donde desempeñara una tras otra las profesiones de capitán de bandoleros, caballero de industria, místico, visionario y utopista.—«Este místico era un poco charlatán—leemos en las Memorias de su irreverentísimo sobrino;—pero, ¿el buen Dios mismo no tiene su charlatanismo? Cuando promulgó su ley en el monte Sinaí no desdeñó los relámpagos y los truenos, aunque su ley fuese tan excelente, tan divinamente buena que bien hubiera podido pasarse sin este gran aparato escénico. Pero el Señor conocía á su público.»

A fuerza de meditar en las maravillosas aventuras del charlatán místico, el niño predestinado acabó por tomarlas por su cuenta. Se persuadió de

que él también había recorrido el Egipto, la Turquía, la Persia, asombrando á los califas y volviendo locos á los sultanes. Como por golpe de varita mágica, se convirtió en el tío de su abuelo, y ha pretendido más de una vez que muchos de sus actos y errores de conducta de que se escandalizaban sus amigos, no le eran absolutamente imputables, sino que era preciso atribuirlos á su *doble*, cuya influencia oculta se dejó sentir durante toda su vida. A este propósito citaba de la Biblia, que siempre le gustó citar aquel pasaje de: «Los abuelos comieron los agraces, y los descendientes han sentido la dentera.»

Su madre le había dado su buen sentido, su padre el amor á lo que brilla y la vivacidad de sensaciones; debía al buen rector Schallmeyer sus primeras dudas, y á su tío Simón de Geldern sus primeros sueños. No tuvo, pues, necesidad de salir de su familia para hallar la ocasión que hace los poetas, para sentir el choque doloroso de la realidad y de los sueños, para conocer esos hastíos del corazón á que es preciso dar el encanto de los cuentos y adormir con cantares.

Sabemos ahora que alimentó largo tiempo una desgraciada pasión hacia su prima Amelia, hija tercera de su tío Salomón Heine, el rico banquero de Hamburgo. Pero, ¿el primito pobre podía hallar gracia á los ojos de la opulenta heredera? Lloró la mujer y lloró el dote. La herida fué profunda y siempre es-

taba pronta á sangrar; cuando supo que Amelia se casaba con John Friedländer, sintió volverse á abrir la fuente de las lágrimas y de los cantos, porque esta hermosa ave de brillante plumaje no podía llorar sin sentir deseos de cantar (1).

Pasaron bastantes años sin que volviera á encontrarse con la ingrata; cuando la volvió á ver, la herida se había cerrado, pero declaró «que el mundo le parecía insulso é insípido; que la tierra tenía olor de violeta seca». Por lo demás, no era solamente haciendo versos como se consolaba de las penas de su corazón; tenía otro método aun más eficaz, que practicó toda su vida. Había reconocido desde su tierna juventud que no se cura uno de las mujeres más que con las mujeres; que hay que conjurar á Satán con Belzebut. ¿Tenía que quejarse de la *Venus de Médicis*? Pues se consolaba de sus rigores junto á otra divinidad á quien llamaba la *Venus de las Camelias*. Jamás usó de nada sin abuso, y lo pagó. Estaba aún en la fuerza de la edad cuando entabló relaciones con la *mujer negra*, que le atormentó largo tiempo antes de asirle y llevarsele. Ha tenido el valor de cantarla «hasta el momento en que le cerró la boca con un puñado de tierra». — «La mujer negra había oprimido mi cabeza contra su corazón; por donde sus lágrimas corrieron, mis cabellos se volvieron grises. Me abrazó y perdí mis fuerzas; me besó los ojos

(1) El *Intermedio lírico* contiene las quejas de esta pasión.

y quedé ciego; con sus salvajes labios chupó la médula de mis riñones.»

Salomón Heine no se había cuidado de tener por yerno un poeta; y no puede recriminársele por ello. Tenía bastante ingenio para gustar del de su sobrino, y para adivinar casi lo que valía el peregrino extraño; pero sabía aún mejor lo que valía un *groschen* (1). A él, que había partido de humildes comienzos, le parecía muy natural que cada uno se ingeniase y se aventurase como él, y no admitía que se hiciese danzar á sus escudos. Su sobrino le acusaba de tacañería, le ponía en el rango «de esos tíos malhumorados que calculan dolorosamente lo que costará una diversión».

Como ha hecho notar Maximiliano Heine, hermano menor del poeta, existió siempre entre tío y sobrino un proceso pendiente y una incompatibilidad mutua de caracteres y principios. El uno decía: — «Yo soy la gloria de mi familia, á quien he reconciliado con las musas, y se me debe gratitud por ello. El mejor empleo que mi tío pudiera dar á su inmensa fortuna es el de proveer, no sólo á mis necesidades, sino hasta á mis placeres, que son para mí necesidades imaginativas.» El otro respondía: — «Mi sobrino tiene talento y da buen giro á los versos, pero es un verdugo del dinero, y no tengo ganas de despilfarrar en su provecho una fortuna penosa-

(1) Pieza de 12 céntimos.

mente reunida. Consiento en mantenerle mientras duren sus estudios, hasta que tenga con qué ganarse el pan, pero no le proporcionaré más que lo necesario; no entiendo eso de pagar los gastos del culto que le place rendir á la Venus de las Camelias. Esa divinidad costosísima y rapaz, no sabrá jamás de qué color son mis escudos.» No podían entenderse: si los reproches eran fundados, las refutaciones no lo eran menos.

Durante una estancia de algunos meses que hizo en Londres, se permitió Heine jugar al banquero, cincuenta veces millonario, una pasada que no podía menos de hacerles romper. Había partido con el bolsillo bien repleto; pero por vía de fórmula y como por un exceso de precaución, obtuvo de su tío que le diese contra la casa Rothschild una letra de crédito de 400 libras esterlinas, que debía servir para establecerle debidamente, y que él se comprometía á no hacer efectiva. A las veinticuatro horas de haber llegado, ya habían pasado á su bolsillo. Algunos días después, el barón Nathan de Rothschild escribía á Salomón Heine dándole gracias por el placer que había tenido en entablar conocimiento con un joven y célebre poeta, á quien su casa había tenido el honor de pagar 400 libras esterlinas. El viejo montó en violenta cólera.—«¡Cargue el diablo con Rothschild!—exclamó—con sus placeres y honores, y con los que arrojan mi dinero por la ventana.»

Cuando el joven disipador estuvo de regreso y hubo de dar cuenta de su acto, la explicación fué viva y borrascosa; y en el curso de este debate pronunció esta frase digna de recuerdo:—«Deberías saber, querido tío, que lo que hay de mejor en tu negocio es el derecho que tienes á llevar mi nombre.»—«A fe mía—refunfuñaba el malhumorado tío—este muchacho considera como mérito y virtud de su parte el no exigirme honorarios por cada línea de las cartas que se digna escribirme.» Sin embargo, le mantuvo en su gracia, y hasta su muerte le abonó una pensión, que el pensionador encontraba espléndida y el pensionado miserable; tan inconciliables eran sus opiniones. Cada uno hacía su papel, y ambos rabiaban por tener razón.

Sin embargo, injusto sería no decir que Heine se equivocaba al juzgar á su tío, y que este hombre acaudalado, que dejó 41 millones de francos, fué un verdadero filántropo, pues con ellos contribuyó á mantener el crédito de Hamburgo al ocurrir el incendio de esta ciudad en 1842, instituyó una especie de Monte de Piedad en que se prestaba dinero sin interés á los trabajadores, *cualquiera que fuese su religión*, y legó á su muerte crecidas sumas para la reconstrucción de dos templos, así como á las casas de beneficencia, á la asociación encargada de enseñar oficios á los hijos de israelitas pobres y á los menesterosos *de cualquier confesión cristiana*. E injusto sería también callar, por más que sea un borrón.



para la ciudad de Hamburgo, que ésta le pagó inicuamente no concediéndole jamás el derecho de ciudadanía, ni admitiéndole siquiera como miembro de la Asociación comercial, ¡tan sólo por su condición de judío! Mas el pobre Heine sufrió las consecuencias de su amor á la poesía, pues una vez tomada la borla de doctor en Göttinga, parece que su tío le llamó para emplearle en su casa de banca, y como rehusara, le amenazó con desheredarle, y parece que en el testamento sólo halló que le legaba unos 16.000 francos, por lo que dice á este propósito:—«Buen derecho tengo á ser poeta; lo he pagado con 15 millones.»

Las impresiones de la juventud fueron siempre las que decidieron de los destinos de los poetas; Heine es una prueba de ello. Su prima Amelia le había inspirado sus primeros cantos de amor; la desgracia de haber nacido judío en un país en que el judío era considerado como de una raza inferior, le inspiró sus primeros gritos de guerra, despertó en él el espíritu de rebelión, el odio á los gazmoños, á los hipócritas, á los teutómanos, é hizo de este lírico un poeta militante, siempre dispuesto á dejar su laúd ó su arpa para embocar la trompeta de los combates.

Sus últimos biógrafos tienen razón en insistir acerca de los sufrimientos que á su orgullo causaron la insolencia del cristianismo y la actitud demasiado sumisa de los hijos de Israel, que se

abandonaban á su suerte y consagraban la injusticia con el silencio de su resignación. Le dolía pertenecer á un pueblo deshonrado, ojeado por la policía, despreciado por los grandes de este mundo y por los santurriones. Había nacido bajo el régimen de la ley francesa que emancipara á los judíos de Düsseldorf; mas después de la guerra de la independencia se les volvió á sumir en la antigua servidumbre. En Francfort, se les encerraba en su *ghetto* como á un vil rebaño; en Prusia, se les excluía de todos los cargos y de todas las funciones, salvo el de la medicina, se les prohibía el ejercicio de toda profesión liberal, y él mismo refiere lo que pasó en su alma de niño un día que besó en la boca á la hija de un verdugo, Josefa ó Lefchen, que le había aprisionado el corazón con sus algo salvajes gracias. —«Yo la abracé —dice— no sólo por obedecer á una tierna inclinación, sino también por lanzar un reto á la vieja sociedad y á sus sombríos prejuicios; y en este momento se encendieron en mí las primeras llamas de las dos pasiones á que he consagrado mi vida entera: el amor de las mujeres hermosas y el amor por la revolución francesa, por el moderno furor francés que me poseyó también al combatir á los lansquenets de la Edad Media.»

Este poeta militante no se jactaba de ser un héroe, y le tenía cuenta; por poco modesto que fuese, tuvo siempre esa sinceridad que es propia de los grandes talentos.—«Es una cosa fatal —escribía á su

amigo Moser — que en mí el hombre se vea regido por el presupuesto. La escasez ó abundancia de las especies no tiene la menor influencia sobre mis principios, pero la tiene demasiada sobre mis acciones. Sí, gran Moser, Enrique Heine es muy pequeño. No me mido por la vara de tu alma grande; la mía es como de goma elástica, y tan pronto se alarga como se encoge y se reduce á nada (*verschrumpft oft in's Winzige*).»

Cuando hubo reconocido que para llegar á ser algo en el reino de Prusia, tenía que abjurar la religión de sus padres, se hizo el chiquito, y dobló la cerviz. El 28 de Junio de 1825, pocos días antes de sostener su tesis para hacerse doctor en Derecho en la Universidad de Göttinga, recibió el bautismo y entró en la comunión de la Iglesia evangélica. Otros judíos lo habían hecho antes que él; él envolvía á Enrique Heine y á todos estos renegados en la misma reprobación.—«Cohn—escribía él desde Hamburgo el 14 de Diciembre del mismo año—me asegura que Gans predica el cristianismo y trabaja para convertir á los hijos de Israel. Si lo hace por convicción, es un loco; si lo hace por hipocresía, un bribón. Mejor quisiera, seguramente, haber sabido que ha robado cubiertos de plata. Te juro que si las leyes autorizaran el robo de cubiertos de plata, yo no me hubiera hecho cristiano.» He aquí explicado lo que no se explicaba Stern.

Había apurado de un trago el cáliz hasta las he-

ces, y su amargor le duró en los labios largo tiempo. Pero estaba en su naturaleza achacar á los demás más que á sí propio los desalientos que se le reprochaban, y se vengó de su humillación tanto en Jehovah, el Dios despreciado que no sabía hacerse respetar, como en el soberbio Dios de los cristianos, que le había impuesto el sacrificio de su honor y no se lo tenía en cuenta. Pero aun no se habían abierto las puertas; tenía que moverse mucho, solicitar, y hablaba á sordos. ¿Qué le restaba que hacer?

No dudó, partió á Francia, se fué á respirar el aire de libertad que había aspirado en su niñez. Resolvió vivir y morir en un país en que la tolerancia ha pasado de tal modo á las costumbres, que ya no es una virtud, sino un hábito cómodo; en una ciudad en que á nadie se le ocurre pedir al talento cédula de confesión, ni informarse de si está circunciso ó incircunciso, ó si se ha bendecido el agua con que se le bautizó.

Llegó á París el 3 de Mayo de 1831, y un año más tarde, al remitir una carta de recomendación á su amigo Fernando Hiller, que partía para Alemania, deslizaba en ella estas palabras:—«Si alguien os pregunta cómo me va aquí, responded: Como el pez en el agua; ó más bien, decid á todo el mundo que siempre que en las profundidades del mar pregunta un pez á otro cómo le va, responde éste: Me va como á Enrique Heine en París.» Veinte años después, escribía:—«El día después de la revo-

lución de Julio me desnaturalicé y vine á establecerme en Francia, donde he vivido después tranquilo y contento como prusiano liberado.»

Sigamos al poeta á París, á donde, según dice el doctor Stern, le llamó el cañón de Julio, pues como verdadero niño que era, le atraían el ruido y el movimiento, y oigamos á Theófilo Gauthier, á quien fué presentado, poco tiempo después de su llegada, el retrato que nos hace del poeta, y la narración de esta segunda época de su vida (1).

«Era un hombre de treinta y cinco ó treinta y seis años, hermoso, y con apariencias de robusta salud; se hubiera dicho que era un Apolo germánico al ver su elevada frente, blanca y pura como una tabla de mármol, sombreada por abundantes masas de cabellos blondos. Sus ojos azules chispeaban luz é inspiración; sus mejillas, redondas, llenas y de contorno elegante, no tenían la plomiza lividez romántica tan de moda en aquella época. Al contrario, las rosas bermejas se desvanecían clásicamente en ellas; una ligera curvatura hebraica desviaba, sin alterar su pureza, la intención que su nariz tuvo de ser griega; sus labios, armoniosos, «acordados como dos bellas rimas», sirviéndonos de una de sus frases, conservaban, estando en reposo, una expresión encantadora; pero cuando hablaba, de su arco rojo

(1) Theófilo Gauthier. Estudio al frente de la 2.<sup>a</sup> edición de la versión francesa de los Reisebilder. París, 1858.

brotaban silbando flechas agudas y estriadas, dardos sarcásticos que no erraban nunca el blanco, porque nadie fué más cruel con la necedad; á la sonrisa divina del Musageta sucedía en él la mofa del sátiro.»

«Redondeaba sus formas una ligera grosura pagana que debía expiar más tarde con una flacidez completamente cristiana. No gastaba barba, ni mostacho, ni patillas; no fumaba, no bebía cerveza, y, como Göthe, tenía horror á las tres cosas; estaba entonces en todo su fervor hegeliano; si le repugnaba creer que Dios se había hecho hombre, admitía sin dificultad que el hombre se había hecho Dios, y se comportaba con arreglo á esta teoría. Dejémosle hablar y referir esta espléndida embriaguez intelectual.»

«Yo mismo—dice—era la ley viviente de la moral, yo era impecable, era la pureza encarnada; las Magdalenas más comprometidas fueron purificadas por las llamas de mis ardores y recobraron su virginidad entre mis brazos: es cierto que estas restauraciones hubieron de agotar á veces mis santas fuerzas. Yo era todo amor y estaba completamente exento de odio. Yo no me vengaba ya de mis enemigos, porque no admitía enemigos frente á frente de mi divina persona, sino sólo descreídos, y el mal que me hacían era un sacrilegio, como las injurias que me dirigían eran otras tantas blasfemias. Preciso era castigar de tiempo en tiempo tales impiedades; pero era un cas-

tigo divino el que hería al pecador, y no una venganza de rencor humano. No conocía tampoco amigos, pero sí muchos fieles, muchos creyentes, y les hacía mucho bien. Los gastos de representación de un Dios que no sabe ser cicatero y no pone tasa á su bolsa ni á su cuerpo, son enormes. Para desempeñar esta sublime profesión es preciso, ante todo, tener mucho dinero y mucha salud; mas una bella mañana—era esto á fines del mes de Febrero de 1848—me faltaron las dos cosas, y mi divinidad quedó tan quebrantada que se derrumbó miserablemente (1).

»Vi mucho á Heine durante este período divino; era un dios encantador—maligno como un diablo—y muy bueno, dígame lo que se quiera. Apenas me importa que me considerase su amigo ó su creyente, con tal de que pudiese yo gozar de su chispeante conversación; porque, si fué pródigo de su dinero y de su salud, lo fué más aún de su ingenio. Aunque sabía bastante bien el francés, se divertía á veces en enmascarar sus sarcasmos con una fuerte pronunciación alemana que exigiría, para ser reproducida, las extrañas onomatopeyas con que Balzac figura en su *Comedia humana* las frases barrocas del Barón de Nucingen; el efecto cómico era entonces

(1) *Las Confesiones* (Geständnisse). Tomo XIV de la colección alemana de sus obras *Heine's Sammtliche Werke*, publicadas en la *Revue des deux mondes*, 15 de Septiembre de 1854, bajo el título: *Les aveux d'un poëte*.

irresistible, era Aristófanes hablando con la práctica de Eulenspiegel (1).

»Uníase á su lirismo una especie de fuerza jocosa, y si el rayo de luna alemán argentaba uno de los lados de su fisonomía, el alegre sol de Francia doraba el otro. Ningún escritor tuvo, á la verdad, tanta poesía y tanto ingenio, dos cosas que ordinariamente se destruyen; en cuanto á la sensibilidad nerviosa que constituye el elemento de *El Intermedio*, de *El tambor Légrand*, de *Los baños de Lucca* y de tantas otras páginas de los *Reisebilder*, la ocultaba en la vida ordinaria con un pudor exquisito, y detenía á tiempo, con una feliz ocurrencia, la lágrima que se hubiera desbordado.

»En cuanto á su atavío, aunque no tuviera pretensión de *dandyismo*, era más cuidadoso de lo que suele serlo ordinariamente el de los literatos, en quienes siempre alguna negligencia perjudica á las veleidades del lujo. Las diversas habitaciones en que vivió no tenían lo que hoy se llama *sello artístico*, es decir, no estaban atestadas de bufetes esculpidos, de bocetos, estatuitas y otras curiosidades de tienda de antigüallas, sino que presentaban, al contrario, una comodidad burguesa en que parecía manifiesta la voluntad de evitar lo excéntrico. Un bello retrato de mujer por Laemlein, que representaba aquella Julieta de que el poeta habla al principio de *Atta-*

(1) *Espejo de buhos*, tipo satírico alemán.

*Troll*, es el único objeto de arte que me acuerdo haber visto allí.

»Para afirmar su divinidad, que vacilaba un poco, fué Heine á pasar la estación de baños á Cauterets, donde compuso ese poema singular, cuyo héroe es un oso, mezclando á la poesía más ideal los más grotescos caprichos, y le perdí de vista por algún tiempo.

»Una mañana vinieron á decirme que un extranjero, cuyo nombre, desfigurado por el doméstico, no pude comprender, quería hablarme. Bajé á la habitación donde recibía las visitas, y vi á un hombre muy delgado, cuya máscara recordaba la de Géricault, y terminaba en una barba puntiaguda y selvática, ya mezclada con muchos hilos plateados. Buscaba entre mil recuerdos quién pudiera ser aquel huésped matinal, que me saludaba familiarmente y me tendía la mano con la franca cordialidad de un antiguo amigo. No logré asignar un nombre á aquel semblante tan cambiado; pero al cabo de algunos minutos de conversación, á una ingeniosa ocurrencia del desconocido, exclamé: «Es el diablo, ó es Heine.» Era, en efecto, Heine, el dios hecho hombre.

»Algunos meses después cayó Heine en el lecho para no abandonarle; allí permaneció ocho años clavado sobre la cruz de la parálisis por los clavos del sufrimiento.

»La última vez que vi á Enrique Heine fué algu-

nas semanas antes de su muerte; debía escribir una breve noticia para la reimpresión de sus obras. Yacía en el lecho, donde le retenía aquella ligera indisposición, como decían los médicos, que hacía ocho años no le permitía levantarse; estaba uno siempre seguro de encontrarle en casa, según él mismo hacía notar, y no obstante, poco á poco la soledad se iba agrandando en torno suyo; así decía á Berlioz, que había ido á hacerle una visita: «Venís á verme vos, ¡siempre original!» No era que no se le amara ó que se le admirara menos, sino que la vida arrastra á pesar suyo á los corazones más fieles; sólo la madre ó la esposa tienen valor para no huir de tan persistente agonía. Los ojos humanos no podrían contemplar largo tiempo, sin desviarse de él, el espectáculo del dolor.

»Hasta las mismas diosas se cansan, y las tres mil Oceánidas que vinieron á consolar á Prometeo en su cruz del Cáucaso, se volvieron á ir por la noche.

»Cuando mi vista se hubo acostumbrado á la penumbra que le rodeaba, porque una luz demasiado fuerte hubiera herido su vista casi extinta, distinguí un sillón cerca de su cama de valetudinario, y tomé asiento en él. El poeta me tendió con esfuerzo una mano pequeña, dulce, endeble, mate y blanca como una hostia, una mano de enfermo sustraído á la influencia del aire libre, y que no ha tocado nada hace años, ni siquiera la pluma; jamás los duros

huesecillos de la muerte se vieron enguantados en una piel más suave, más untuosa, más satinada, más pulida. La fiebre, á falta de vida, ponía en ella algún calor, y no obstante, á su contacto experimenté un ligero calofrío, como si hubiese tocado la mano de un ser que ya no perteneciese á la tierra.

»Con la otra mano había levantado, para verme, el párpado paralizado del ojo que aun conservaba una percepción confusa de los objetos y le dejaba aún adivinar un rayo de sol como á través de una gasa negra (1). Después de cambiadas algunas frases, cuando supo el motivo de mi visita, me dijo: —«No os apiadéis demasiado de mí; la viñeta de la *«Revista de ambos mundos*, en que se me representa *«enflaquecido é inclinada la cabeza como un Cristo de Morales*, ha conmovido ya demasiado en mi favor la sensibilidad de las buenas gentes; no me gustan los retratos que se parecen, quiero ser representado hermoso como las mujeres bonitas. Vos me habéis conocido cuando estaba joven y floreciente; *«sustituid mi antigua imagen á esa conmovedora «efigie.»*

»Durante esta larga agonía ofreció el fenómeno del alma viviendo sin cuerpo, del espíritu pasándose sin la materia; la enfermedad le había atenuado,

(1) La enfermedad comenzó por la parálisis del párpado del ojo izquierdo, y acabó por determinar una parálisis contractura y atrofia de las piernas.

enflaquecido, disecado, como á capricho, y en la estatua del dios griego tallaba con la paciencia minuciosa de un artista de la Edad Media un Cristo descarnado hasta el esqueleto, en que los nervios, los tendones, las venas, aparecían en relieve. Aun así despojado, todavía era bello; y cuando levantaba su pesado párpado, brotaba una chispa de su pupila casi ciega; el genio resucitaba aquella faz muerta; Lázaro salía de su cava durante algunos minutos; aquel espectro que parecía entre sus blancos lienzos una efigie fúnebre reclinada sobre un monumento, encontraba voz para hablar, para reir, para lanzar ingeniosas ironías, para dictar páginas encantadoras, para dar vuelo á estrofas aladas, y, en los días en que la losa de su tumba le oprimía más duramente los riñones, para gemir lamentaciones tan tristes como las de Job en su estercolero.

»Sus amigos debían regocijarse de que terminara al fin aquella atroz tortura, y de que el invisible verdugo hubiera dado el golpe de gracia al pobre ajusticiado; pero pensar que de aquel cerebro luminoso, henchido de rayos y de ideas, del que las imágenes salían zumbando como abejas de oro, no resta ya más que un poco de pulpa grisácea, es un dolor que no se acepta sin rebelión. Verdad es que estaba encerrado vivo en su ataúd; pero aproximando el oído, percibiase el canto de la poesía bajo el negro paño. ¡Qué dolor es ver uno de esos microcosmos más vastos que el universo, y contenidos por la estrecha

bóveda de un cráneo, roto, perdido, aniquilado!  
¡Qué lentas combinaciones tendrá que verificar la  
Naturaleza para formar una cabeza semejante!

»Hacia un tiempo frío; el día estaba grisáceo, bru-  
moso; la hora indicada para la conducción era de  
las primeras de la mañana; algunos escasos amigos  
y admiradores se paseaban ante la casa mortuoria,  
esperando que la comitiva se pusiera en marcha  
para el cementerio. El poeta había prohibido toda  
pompa, toda ceremonia; se consideraba muerto ha-  
cía largo tiempo y quería que lo poco que restaba  
de él fuera sacado silenciosamente de aquella cá-  
mara que no debía abandonar más que por la tum-  
ba. La vista del féretro, muy ancho, muy largo, muy  
pesado, en que el sutil despojo iba reclinado más á  
sus anchas que en su lecho, nos hizo recordar invo-  
luntariamente aquel pasaje de *El Intermedio*:

.....  
.....  
.....  
»¡Amplio féretro buscadme!  
¡Quiero encerrar tantas cosas,  
Por más que no diga cuáles,  
Que ha de ser de más cabida  
Que el mismo tonel de Heidelberg! (1).  
¡Proveedme de unas andas  
De tablas gruesas, tenaces,  
Y que de Maguncia al puente  
En longitud aventajen!

(1) Léase: *Jaidéberg*.

¡Buscadme doce colosos  
Aun más forzudos, si cabe,  
Que del Domo de Colonia  
El San Cristóbal gigante!  
Ellos llevarán el féretro  
Y al mar habrán de arrojarle,  
¡Qué á tal ataúd conviene  
Dar sepultura tan grande!  
¿No sabéis por qué le quiero  
De peso y grandeza tales?  
¡Porque también mis amores  
Y mis sufrimientos guarde! (1).

»En efecto, el ataúd no era demasiado grande, y si  
no se le arrojó al mar, se le descendió á una fosa  
provisional, en presencia de poetas y artistas fran-  
ceses y alemanes, en corto número, que se mante-  
nían respetuosamente alineados, sabiendo que asis-  
tían á los funerales de un rey del ingenio, por más  
que no tuviera allí largo cortejo, ni lúgubre música,  
ni tambores enlutados, ni paño mortuorio conste-  
lado de condecoraciones, ni enfáticos discursos, ni  
trípodes coronados de verdes llamas. Una vez ce-  
rrada la fosa, todos volvieron á descender de la triste  
colina y se perdieron en el inmenso hormiguero de  
la vida humana.»

El 17 de Febrero de 1856 fué el día en que el po-  
bre Heine se libertó del suplicio de una existencia

(1) En vez de traducir este trozo, como le cita Gauthier en  
francés y en prosa, coleamos aquí nuestra versión directa del  
alemán, que difiere algo.

intolerable, á los cincuenta y ocho ó cincuenta y nueve años de edad, y veinticinco casi de estancia en París, donde se casó, encontrando en su esposa Matilde, á quien llama «su ángel», el cariño, el consuelo y los cuidados de que tanto necesitara desde fines de Febrero de 1848, fecha en que parece comenzó su penosa enfermedad; mas como la dejó en la pobreza, los herederos de su tío hubieron de señalarla una pensión de unos 5.000 francos.

\*  
\*  
\*

«Alemania—dice Valbert (1)—ha variado con frecuencia de sentimientos hacia el prusiano liberado, tanto al juzgar al hombre como sus libros. Cuando los editores, largo tiempo desconfiados, se decidieron al fin á publicar sus primeras colecciones de versos, fué aquello un encanto. Jamás música alguna había sonado más dulcemente á oídos alemanes; se acordaban de Göthe y de sus comienzos, mas con la diferencia de que el nuevo músico condimentaba sus más deliciosas y acariciadoras melodías con una salsa maliciosa é irónica, las acompañaba con cierto son de burlones cascabeles, con disonancias atrevidamente buscadas y que jamás se tomó el trabajo de evitar. Malicia y sentimiento, todo manaba de la

(1) G. Valbert, *Henri Heine et ses derniers biographes allemandes: Revue des deux mondes*, LVI<sup>e</sup> anné, 1886, 2, 3<sup>isme</sup> période, vol. 74, pags. 683-695.

fuente; así era el hombre, y su poesía era él. La sensación fué grande; el joven vencedor tuvo en un momento admiradores idólatras, todo el mundo quería conocerle, y sus atractivos, sus seducciones, el encanto de su ingenio y de sus maneras, le proporcionaron muchos amigos; pero él no sabía conservarlos.»

Este hombre encantador era un manojo de nervios, y los nervios no son compañeros seguros. Pertenecía á la familia de los grandes felinos, y éstos, pequeños ó grandes, son de genio irritable y móvil. En sus buenos días todo les agrada, todo les está bien; pero en los malos todo les estorba y ofusca; que pase una sombra entre ellos y el sol, y se inquietan, se agazapan, y Su solapada Majestad da zarpadas al aire con el único objeto de ensayar sus uñas. Así era Heine; de natural generoso, le gustaba casi tanto dar como recibir; pero tenía el genio de la ingratitud, y no existe amigo suyo á quien un día ú otro no arañara y mordiera hasta hacerle sangre.

Ya le decía Quinet (1): «Hasta ahora se ha contentado vuestra sátira con el Norte; os servís de Francia para burlaros de Alemania. Pero cuando os hayáis cansado de ese juego, ¿no cambiaréis? Cuando las viejas costumbres se hayan nivelado en vuestro país á vuestro gusto, cuando no queden allá abajo

(1) Edgard Quinet, *Poètes allemandes I. Henri Heine. Revue des deux mondes*, 14 Febr. 1834, páginas 353-369.



ni príncipes, ni doctores, ni ciudades, ni aldeas que no hayan pasado por vuestra mano, ¿estáis seguro de que vuestro dardo no se volverá contra nosotros, y de que no descubriréis alguna esperanza seria que desolar? Mucho me temo, al ver á otros pueblos, que no podáis resistir siempre á la embriaguez de hacer chocar unos contra otros á esos vasos vacíos, y que en esta danza de los muertos, en cuya ronda giran las creencias humanas, no continuéis silbando alegremente como hasta aquí vuestras encantadoras, suaves y satánicas melodías.» Y la profecía se cumplió: en el *Estado de Francia*, lanza sus diatribas contra ésta y el Gobierno de Luis Felipe, aunque se tiene por cierto que cobraba de los fondos secretos del Ministerio una pensión de cuatro ó cinco mil francos.»

»Pero más enemigos que su versatilidad de carácter — sigue Valbert (1)— le valieron aún su independencia y las audacias de su ingenio. Cuando se transporta uno con la imaginación al tiempo en que aparecieron los *Reisebilder*, al régimen de compresión y tutela policiaca que Metternich hizo pesar sobre Alemania entre 1820 y 1830, fácil es comprender que este libro formara época. Se cantaba entonces á los pueblos, para adormecerlos, lo que Heine llamaba «la vieja canción de las abdicaciones», y un gallo medio francés, batiendo el ala, irguiendo

(1) G. Valbert, art. citado.

la cresta, lanzó de pronto ese penetrante grito que pone en fuga la noche; le repitieron todos los pajares de los contornos, y se vió á los pueblos alemanes, mal dormidos, removerse en sus grandes cunas. Desde este día fué Heine sospechoso á todos los gobiernos de su país y también á la dieta de Francfort; prosa ó verso, la censura se encarnizó con sus libros, encontrando por todas partes algo que roer ó que tajar; mas esto no impidió que el gallo cantara; se había refugiado en lugar seguro y no se le podía estrangular.»

Si bien los liberales le habían aclamado como apóstol de las nuevas ideas y de un evangelio de libertad, durante mucho tiempo no le admitieron sin reserva. Pusieron á dudar de su vocación apostólica y de la solidez de sus convicciones; tenía demasiada alegría para predicador, demasiado ingenio para tribuno; los teutómanos le reprochaban su amor apasionado hacia Francia y el gran Emperador; Wolfgang Menzel, «que se engullía diariamente media docena de franceses, y al terminar la comida se tomaba un judío para enjuagarse la boca», le denunciaba como un patriota dudoso, como un impío detractor de las antiguas virtudes germánicas. La *joven Alemania*, después de haberle proclamado su jefe, no tardó en desavenirse con él.

A Heine le agradaba la democracia, pero gustaba poco de los demócratas y del pueblo, exigiendo que el ateísmo estuviera en buena compañía. Experi-